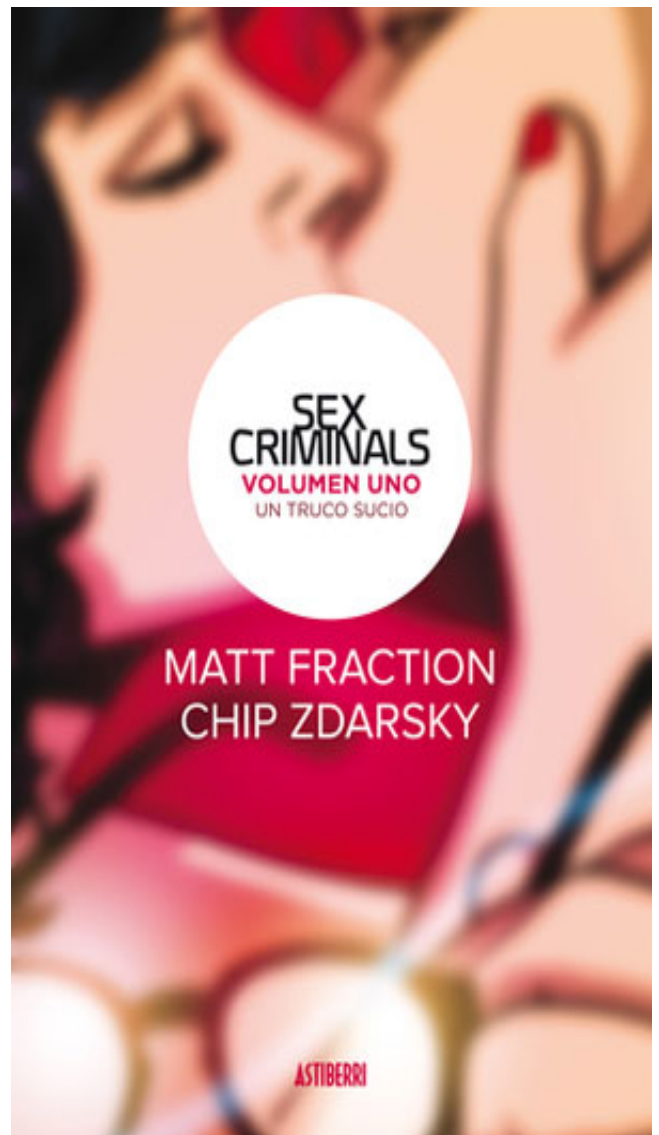


Sex Criminals 1. Un truco sucio, de Matt Fraction y Chip Zdarsky (Astiberri)

Traducción de Santiago García | por Juan Jiménez García



Los franceses, que siempre han tenido un cierto sentido poético de las cosas, como los alemanes lo podían tener filosófico, llaman al orgasmo, a ese instante, *la petite mort*, es decir, la pequeña muerte. Al contrario de aquel señor Parvulesco (que se parecía tanto a Jean-Pierre Melville), no es una cuestión de ser inmortal para después morir, sino siendo un poco superlativos, de morir para ser inmortal. Lo cierto es que ese instante, por el que tantas tragedias han sucedido (creo recordar a Louis-Ferdinand Céline), es el protagonista de *Sex Criminals*. Con guión de Matt Fraction y dibujo de Chip Zdarsky, Astiberri publica su primera entrega, *Un truco sucio*, y por todo, por el conjunto, ganaron, allá por el 2014, el Premio Eisner y el Harvey, lo cual ya nos anticipa cosas.

Volvamos a esa muerte en pequeño con resurrección incluida. En *Sex Criminals* no es la vida lo que se detiene (al menos no la propia), sino el tiempo. Suzie descubre un día, que, al llegar al orgasmo, alrededor suyo todo queda suspendido en ese

preciso instante. Lo descubre bien temprano, pero tarda algo más en encontrarle un sentido, en entender que está ocurriendo. Lo que está ocurriendo es que mientras ella sigue, los demás se han detenido. No es cuestión de un segundo, sino que tiene algo de tiempo, no mucho, para habitar en un mundo congelado lleno de posibilidades por descubrir. Las posibilidades las descubre cuando se encuentra con Jon. Jon tiene la misma habilidad (uno no debe sentirse nunca demasiado original) y, juntos, empiezan entregarse al deseo y a la búsqueda de esa suspensión de aquello que les rodea. Y, por qué no, aprovecharla. Para robar, por ejemplo. Pero, ya sabemos aquello de que no hay dos sin tres y seguramente tres sin cuatro cinco o seis, y, como en este mundo tiene que haber de todo, a sus instintos delictivos les salen al paso los instintos policiales de otros.

Bajo tal argumento, la primera entrega de este *Sex Criminals* se instala en la exploración del deseo. La infancia y juventud de dos superhéroes con un solo poder, pero suficiente para dominar el mundo, aunque solo sea brevemente. Dos superhéroes que responden a las características de un supervillano, pero que no aspiran a conquistar el mundo, sino el placer, lo cual ya sería un motivo para estar de su parte. Ni que decir tiene que Matt Fraction se aproxima al tema con todo el humor del mundo y, no exento de erotismo, este es el verdadero motor del relato. Una tierna pero picante ironía, que entronca con el dibujo de Zdarsky y sus ensoñaciones, sus accesos a una realidad mágica, algo boreal, próxima a la ensoñación.

Finalmente la historia se decanta más por los criminales que por el sexo. Pero, sobre todo, por divertirse (cosa que se trasmite en cada detalle del cómic). Lejos de encerrarse en su premisa orgásmica (que no hubiera ido muy lejos y más habiendo renunciado a lo explícito), Matt Fraction y Chip Zdarsky se instalan en el humor desenfadado y desprejuiciado, en dirección hacia el enfrentamiento de dos mundos: el placer frente a su contrario (o sus contrarios). Buenos cómics por venir.

[...]

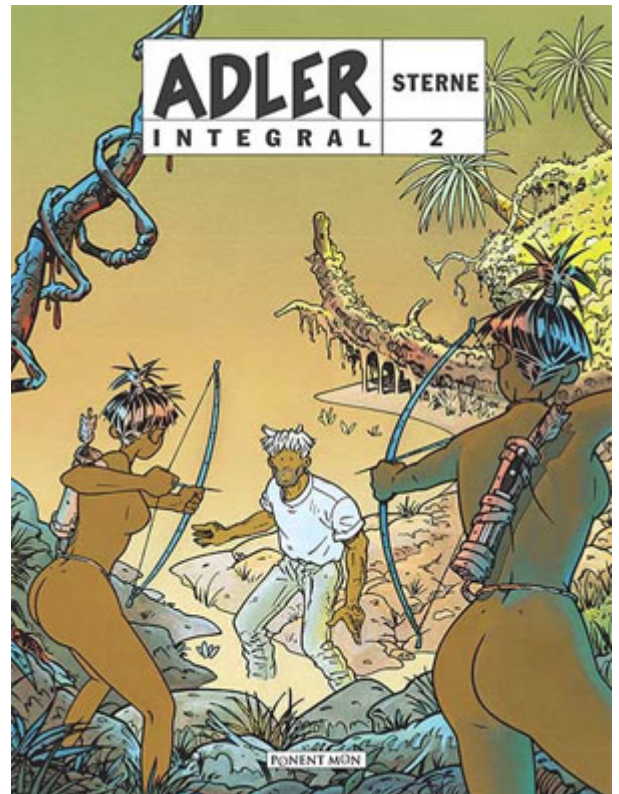
Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

Adler integral, de René Sterne (Ponent Mon) Traducción de Inés Clavero | por Óscar Brox



Seguramente, la épica de los últimos aventureros queda cada vez más lejana en el tiempo. A medida que el mundo descubre sus rincones secretos o que, en definitiva, echamos en falta a aquellos héroes clásicos que no cejaban en su empeño, orillando los placeres del retiro dorado en busca de una vida de aventuras. Aunque creado a finales de los 80, René Sterne ambientó la historia de Adler durante los últimos coletazos de la posguerra, cuando el mundo comenzaba a recolocar las piezas del tablero en busca de un progreso, tal vez de una realidad, que borrara el amargo recuerdo de la guerra contra Hitler. No en vano, el propio Adler era un desertor de la *luftwaffe* perdido en un continente de aventuras, siempre a bordo de su avión, de escala en escala. De ahí, pues, que Sterne lo enfrentase a sus antiguos compañeros, a piratas, caudillos e, incluso, a unos rusos que, ajenos a cualquier sentimiento de apertura, continuaban alimentando la máquina del Gulag a base de purgas ideológicas. El objetivo, más allá de beber del conflictivo contexto histórico mundial, se trataba de mostrar la aventura en su sentido más puro, total, encarnada en los rasgos de un héroe casi inmortal.

El segundo, y último, volumen integral de *Adler* contiene los cinco álbumes creados por Sterne antes de abandonar la serie para dedicar sus esfuerzos a *Blake* y *Mortimer*, acaso la gran gema del cómic francobelga. Por ello, uno no puede evitar leer cada álbum con el sentimiento de que en breve se agotarán las viñetas, las

travesías de punta a punta del Pacífico, la gasolina que alimenta el motor del avión de Adler. Difícil combatir esa ansiedad con la que se disfruta del extraordinario detalle, de la limpieza formal, con la que Sterne ponía en escena las desventuras de su héroe. Situándonos en la cabina, entre las hierbas altas de la selva, en mitad de una emboscada o rozando la piel del último aborigen. Difícil, también, aparcar la implacable moralidad de Adler, trufada de blancos y negros, capaz de distinguir entre el bien y el mal sin dejarse tentar por el deseo de poder que corrompía a tantos hombres. Difícil, en definitiva, rechazar el atractivo de una historia de aventuras contada como si se tratase de la última historia de aventuras. Crepuscular, ambiciosa, humana.

La belleza del dibujo de Sterne se entremezcla con el dinamismo que confiere a cada viñeta, con ese preciso sentido de la narración que, una y otra vez, elude cualquier rodeo para capturar en toda su visceralidad la dimensión del héroe. En esas historias en las que Adler sufre al conocer el secuestro de Helen, la antigua amante retenida por un caudillo al servicio del Reich. O en esas otras en las que los lazos emocionales cultivados con dos indias telépatas le llevan hasta el último ejercicio de valentía para conseguir salvar sus vidas. Porque *Adler* siempre parece dibujar la eterna pugna entre valentía y corrupción, integridad y debilidades morales, sin que a Sterne le tiemble el pulso a la hora de describir una violencia hiriente, frontal, que pone una pizca de autenticidad en el ambiente. Como una llamada de atención sobre ese mundo vulnerable, demasiado humano, que dejó la estela de la 2ª Guerra Mundial. Tal vez por eso, se entienda mejor el giro final de la serie, una vez resuelto el arco argumental que envuelve al rescate de la antigua amante de Adler. En un mundo capturado por el influjo de un mal antiguo, primitivo, explotado por el horror nazi, no hay otro lugar posible de destino que los campos de trabajo del Gulag. Allá, en la fría Siberia -qué diferencia con el retrato cálido, paradisiaco, de Tahití durante los primeros álbumes-, Adler alcanza su última aventura. La fuga final. El enfrentamiento con la postrera viñeta. Con la huida de un espacio del que, como señala el propio relato, nadie ha conseguido escapar.

Conscientemente o no, Sterne eligió el Gulag como última aventura a sabiendas de que, tal vez, se trataba del último monumento al horror de aquel mundo que el progreso orilló a un lado. Perdido, como tantas otras cosas, en la memoria colectiva. De ahí que *El Gulag* sea un álbum tan intenso como lo pudo ser *Tintin en el Tíbet* para su compatriota Hergé. Repleto de obsesiones, envuelto en un aroma de final, exagerado en su visión del heroísmo en contraposición a los tiempos modernos. En suma, una tumba perfecta para acomodar a ese espíritu aventurero del que su autor decidía despedirse. Un hermoso epitafio para describir en qué consiste una vida de aventuras.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

Aves, de Josechu Lalanda (Ediciones Asimétricas) | por Francisca Pageo

Josechu Lalanda
aves



Josechu Lalanda, quien nació un día de febrero de 1939 y se crió en plena naturaleza (los Montes de Toledo) durante largas temporadas, es pintor y escultor animalista y ha trabajado de la mano del gran naturalista y divulgador científico Félix Rodríguez de la Fuente, llevando la fauna a diversos programas educativos y culturales, dando así una visión clara y objetiva de lo que la naturaleza nos da y ha dado siempre. En este libro publicado por Ediciones Asimétricas llamado Aves nos ofrece toda una colección de ilustraciones sobre ellas en la Península

Ibérica. De este modo, Lalanda nos acerca el mundo ornitológico para que lo tengamos al alcance de la mano.

La inspiración de Josechu Lalanda, como dice Juan García Millán, bebe de dos fuentes: el romanticismo y la ciencia. Es innegable ver cómo ambas se entrecruzan dando lugar a unas ilustraciones que son puro reflejo de lo que Lalanda no sólo ha visto, sino también de lo que ha experimentado en la naturaleza. Lalanda, así mismo y en esta edición, nos cuenta en sus propias palabras cómo se crió y cómo, desde bien pequeño, a los 12 años, ya tendría un gran talento para el dibujo que sería reconocido por su profesor. Por consiguiente, veremos cómo en los próximos años Lalanda se va haciendo un hueco en el mundo natural y artístico debido a su implacable técnica con la ilustración de la fauna ibérica. Más adelante experimentaría con la escultura y también la añadiría como oficio, dando así una completa visión del mundo animal. Los conocimientos del pintor son profundos en anatomía, en los movimientos, en las costumbres y los gestos de los animales, lo cual nos llevará a ver su trabajo muy completo ya que no sólo nos aporta belleza y armonía para nuestros sentidos, sino que también nos educa en nuestro conocimiento sobre la fauna.

Sus dibujos son cálidos, finos y elegantes. Hechos en su mayor parte en acuarela y tinta, esbozan un medio que muy pocas personas conocen y del cual Lalanda no sólo aprecia y vive, sino que también lo traslada como si no pudiera hacer otra cosa. Su amor por el arte, así como su amor por la naturaleza, nos hace ver el mundo animal de una manera nada llana y ajena, sino espléndida y de aquí y ahora -pues su trabajo es totalmente atemporal. Basta con que salgamos afuera y nos fijemos en el cielo, en los árboles, por encima de un matorral o de los montes, para ver las aves que Lalanda tan bien dibuja.

Es irremediable que después de ver y hojear este libro nos metamos más de lleno en lo que las aves nos ofrecen por su belleza. Ya no sólo las miraremos con más calma, con más precisión y con más alegría, sino que nos acordaremos de Lalanda y nos preguntaremos cuan de bella sería una ilustración suya del ave que observamos. Aves es un libro muy, muy cuidado y especial, de una brillante edición y de una selección que se va nutriendo a sí misma conforme vamos pasando las páginas. Sin duda es un libro que regalaría a cualquier amante de los animales, y da igual la edad del destinatario, porque nos ofrece la naturaleza de manera preciosa y ligera, como las plumas de las aves que observamos.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

El Golpe de Praga, de Hyman y Fromental (Ponent Mon) Traducción de Álvaro Nofuentes Hernández | *por Juan Jiménez García*



Hay películas capaces de construir todo un imaginario que permanecerá a lo largo de los años ocupando un espacio necesario. Una necesidad de construir una memoria de un momento que no pudimos vivir, pero tampoco evitar. El final de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, esa especie de despertar colectivo a una realidad aún más escalofriante que la propia guerra. *El tercer hombre* es sin duda una de esas películas, con un Orson Welles capaz de pasar por encima de Carol Reed, su director, e incluso de Graham Greene, el escritor de la novela original. Greene planteaba un asunto interesante. Pese a todo aquello que perdimos con el fuego,

aún había todo un mundo, escondido, formado de sombras, que seguía aprovechándose de ese otro mundo en ruinas. Un mundo en el los criminales podían seguir siendo criminales y en el que participaban agentes secretos de todas partes. Dobles o triples, si era necesario. El propio Greene sabía mucho de eso, y sobre él mismo, sobre su misterio, que era mucho, se construye este El golpe de Praga, de Hyman y Fromental.

Graham Greene llega a Viena para participar en el guión que adaptará su novela, *El tercer hombre*. Allí se encuentra con Elisabeth Montagu, una mujer que supo hacer suyo aquel tiempo que le tocó vivir. Actriz de teatro, también frecuentó el cine, y, en este caso, haría de acompañante vienesa del escritor inglés, encargada por la productora del lejano Alexander Korda. Jean-Luc Fromental construye la historia más fascinado por ella que incluso por el Greene, siguiendo algunos datos reveladores de aquellos tiempos que han aparecido con los años, alrededor de la relación que este mantenía con el MI6, algún famoso espía y turbio personaje. El telón de acero está a punto de caer y es cuestión de ir cogiendo posiciones para evitar quedar en el lado equivocado.

Aquella Europa central abandonada por los nazis (abandonada... tal vez), vivía entregada no solo a la supervivencia (que siempre es cosa de pobres) sino a los negocios, que, en un paisaje en ruinas (también morales) siempre crecen bien. *El Golpe de Praga*, por tanto, solo podía ser una novela negra, un cómic noir, oscuro, lleno de incertidumbres y de preguntas, que poco a poco van encontrando su respuesta, no siempre satisfactoria, no siempre para todos. El dibujo de Myles Hyman nos entrega una ciudad invernal, de colores otoñales, rica en detalles. Pero esa abundancia de detalles también está llena de rincones y pliegues, y tras una Viena crepuscular o una Praga de futuro incierto, se esconde otro mundo.

Hyman y Fromental construyen un cómic sólido, entre la intriga, la aventura, el policiaco o el retrato de un tiempo. Entre la verdad y lo incierto, entre el pasado difícilmente olvidable, el presente que hay que exprimir y un futuro incierto del que surgirá otro mundo, otras guerras, frías, grises, escondidas, menos evidentes. Un mundo del que no logramos escapar los que llegamos mucho después y que, tal vez, aún sigue vivo en sus planteamientos. Todo ello acompañado de los apasionantes retratos de Graham Greene y Elisabeth Montagu, que vivieron todo aquello con pasión, conocedores de estar en un momento no solo irrepetible sino decisivo. El fin del mundo antiguo, el principio de un nuevo mundo.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

Pensar no es buena idea, de Rafa Maltés (Ediciones Asimétricas) | por Juan Jiménez García



Vivimos en los tiempos del descrédito y la desconfianza hacia la prensa escrita. Ya no es una cuestión de papel o no papel. Simplemente aquello que leemos se aleja cada vez más de esa realidad que vivimos, y, en el mejor de los casos, nuestras querencias por tal o cual medio solo son una cuestión de distancia, sin que nada acabe de convencer. Es inquietante. Sin embargo en casi todos ellos hay un espacio de una extraña credibilidad, lo cual nos lleva a pensar en aquel programa de humor de la televisión británica que fue pionero en dar las noticias desde una visión irónica. Ahora la parodia es más cierta que la realidad. Así, las viñetas gráficas

de los periódicos han tomado el testigo de una verdad que escurridiza. Encontramos en ellas lo que no logramos encontrar en toda aquello que las rodea.

Por otro lado, la ironía es un concepto tan resbaladizo como otro cualquiera. En este sentido, no deja de ser emblemática la obra de El roto, que en su seriedad no deja de ser un sarcasmo que se enfrenta a eso que está, que se nos impone, que se no intenta hacer pasar por lo que hay. Sin solución. E instalado no muy lejos de El roto se sitúa la obra de Rafa Maltés, con todos sus matices, otras querencias y puntualizaciones. Publicadas en el diario digital Nueva Tribuna, se recogen ahora en un libro palpable y deseable por Ediciones asimétricas.

Hay algo en la obra de Maltés que me lleva hasta el grafiti. Al grafiti como expresión política. Como grito callejero y anónimo. Su trabajo sobre la fotografía llevado a una mancha negra, a una sombra, a una intuición, podríamos encontrarlo alguna pared y no nos sorprendería, como tampoco que sus mordaces, incisivos, comentarios formaran parte de otro mayo del 68 que ya no llegará. Los gritos se parecen unos a otros, porque la desesperación, las dudas y los miedos siguen siendo los mismos, ahora como hace años. Sus viñetas no siempre necesitan esos textos para ser entendidas, pero otras se convierten en el hilo necesario que las ata a la realidad. O su contrapunto.

A veces, los gritos son apuntes, reflexiones. Una viñeta, una ilustración que nos hace pensar, en su fugacidad (aunque siempre aspiren a permanecer, a dar vueltas en nuestras cabezas, siempre demasiado ocupadas). Un destello, una confirmación, una intuición. Una invitación a pensar por nuestros medios, sin las evidencias de los textos. Un lugar para el doble sentido, el triple, como los saltos mortales. Otra cosa que ya las noticias no pueden darnos, empeñadas en darlos las directrices adecuadas y las debidas consignas. Cualquier ilustración es una invitación a un momento de silencio. Con o sin texto. Y así, como en aquella voz de la luna, en ese silencio, tal vez lleguemos a comprender algo.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

Aventuras de un oficinista japonés, de José Domingo (Astiberri) | por Juan Jiménez García



Un día, sales de trabajar. Trabajas en una oficina. En Japón. Coges tu maletín y caminas. Vuelves a tu cubículo en el que nadie te espera y tú no esperas a nadie. En realidad no esperas mucho de la vida, pero mira por dónde, la vida espera algo de ti. O no. Simplemente juega contigo. Podríamos ser tontamente positivos. Es simplemente que, el día menos pensando, empiezan a ocurrir cosas. Alguna cosa, demasiadas cosas. Unos yakuzas se lían a tiros en la calle y ahí se lían todo. Tu corres y corres y, cuando te das cuenta, te enfrentas a conejos, sectas, yetis, diablos, caníbales y vete a saber cuántas cosas más. No, nuestro oficinista japonés, al menos por un día (o por unos meses), no será un Fernando Pessoa entregado a una visión poética de su existencia gris. Nuestro oficinista japonés pasará una temporada en el infierno.

A un ritmo de dos por dos, de cuatro viñetas por página, de cuatro gloriosas viñetas por página, José Domingo reconstruye una realidad dislocada que tiene

tanto de japonesa que podría ser española. Sí, cierto es que en nuestro imaginario no encajan muy bien los yokais, esos monstruos de formas extrañas, como tampoco ese imaginario kaiju de aparatosos monstruos (de nuevo) gigantescos enfadados con el mundo y enfrentados entre sí. Pero bueno, todo lo demás es parecido. En la irrealidad que nos propone uno se siente bien. La carrera de nuestro hombre gris es bien loca. En una viñeta está contenido el pasado y el futuro, cuya conjunción se llama presente. En sus enormes viñetas, tropezamos continuamente con los detalles. Nos gustaría ir corriendo, saltando de una en otra, pero nos paramos en los detalles. No hay palabras, y podríamos pensar en un gordo y un flaco que son una sola persona. En vez de destruir ellos el mundo, el mundo les destruye a ellos.

Como en aquellos videojuegos de los que bebe, los niveles se suceden, las pruebas son más terribles, el humor más delirante. Las referencias se cruzan como balas disparadas en todas las direcciones. No hay ninguna princesa. Bueno, sí, una, pero cuando la conquista, lleva bonus. La vida es un vómito continuo, un revoltijo de mil cosas comidas. Y en esta sociedad consumista, hemos comido demasiado. Por voluntad o a la fuerza. Y luego, hay gente por todos lados. ¡Hostil! Ni tan siquiera es posible fiarse de los conejos, animales traicioneros. Las viñetas suben y suben. Cosas de los pactos con el diablo para lograr recuperar el corazón perdido del protagonista. Máquina de pinball, hay que seguir golpeando furiosamente la bolita.

Nuestro oficinista no puede pasar desapercibido. El dibujo de José Domingo tampoco. Un mundo lleno de color que no renuncia a la oscuridad, atravesado por la inteligencia de una puesta en escena esencial. En el cine mudo todo nos habla. *Aventuras de un oficinista japonés* tiene muchas lecturas siendo un libro visual. Una de las posibles es la guía de lectura de Gerardo Vilches, que cierra la estupenda edición de Astiberri. Una guía que nos hará volver sobre las viñetas, sobre nuestros pasos, para disfrutar una vez más de las correrías delirantes de nuestro hombre, que parece salido del Minecraft.

[...]

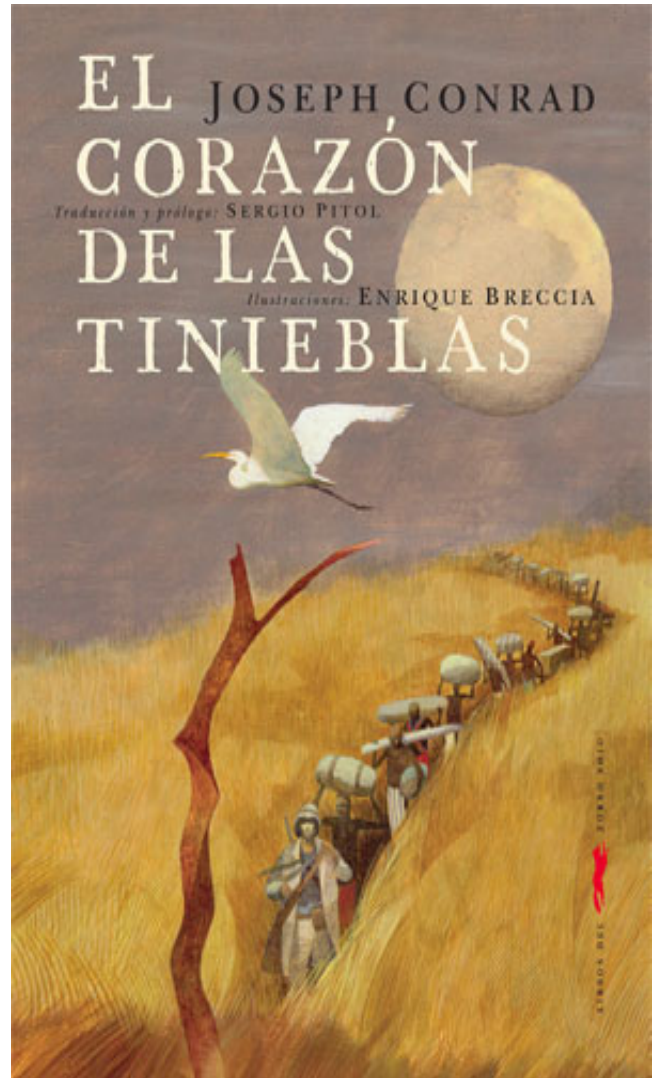
Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

El corazón de las tinieblas, de Joseph Conrad (Libros del zorro rojo) Ilustraciones de Enrique Breccia. Traducción de Sergio Pitol | por Juan Jiménez García



Buscamos tantas cosas y tan desesperadamente... Leemos tantos libros y demasiadas veces creemos encontrar obras maravillosas, obras maestras, lecturas imprescindibles,... Necesitamos creer en la belleza como otros necesitan creen en dioses. Muchos o uno solo. O no creer en nada, cosa difícil, incierta. Creemos en esa belleza como algo fácilmente reconocible. Algo que es. Que no admite dudas, porque está ahí, a la vista de todos. Es. Sin embargo, la belleza está tan próxima a lo terrible... Eso debería hacernos desconfiar. Sin esa sombra no puede existir aquella luz. Entonces, pensamos en todas aquellas lecturas que nos han conmovido, aquellas en las que un temor, un miedo indefinible nos ha atravesado. Hemos gastado todos los adjetivos. Y entonces llega un libro como *El corazón de las tinieblas* y ya no nos queda nada por decir. Habría que inventar todo un nuevo lenguaje, devolverle su sentido a tantas palabras,...

El corazón de las tinieblas es un viaje a través de la oscuridad. Joseph Conrad utilizará una y otra vez esta palabra o cualquier otra que nos entregue ese destino en sombras. Marlow busca una voz como otros buscan un temblor, algo que nos haga salir de unas vidas confortables, después de todo. El África colonial, la selva, no son más que nuestro destino. El río, esa cicatriz que nos abre de arriba abajo, invisible pero cierta. Piensa que la única manera de explicarlo es decir que no partió al centro de un continente, sino al centro de la tierra. Pero ahí también se equivocaba. Su viaje era hacia el centro de uno mismo, hacia el interior, hacia ese lugar más oscuro. También dice: *Vivimos como soñamos... solos*. Kurtz, su búsqueda, perdido allá lejos, en uno de los finales posibles de ese río, entre la selva, la muerte, los ritos y el marfil, no está menos solo que él.

Marlow descubre que el verdadero motivo de su viaje es oírle (ni tan siquiera verle, solo oírle). *Él era una voz. Era poco más que una voz*. Y sin embargo, esa voz es todo. Todo lo que queda cuando ya no queda nada. Todo un mundo que se hunde, arrastrando tras de sí cadáveres y muerte. Un tiempo primitivo, jugado contra geografías íntimas y naturalezas vivas. Un tiempo para los dioses, para aquellos que tenían que construir el mundo, poner orden en el paraíso, apropiarse de todo aquello que uno encontraba. Y eso solo puede hacerse desde el horror. Última palabra para nombre el mundo. Para transformarlo y ser transformado.

Como Sergio Pitol, tan solo podemos escribir una invitación a la lectura de *El corazón de las tinieblas*. Leerlo es una experiencia personal (sí, todas los son, pero...). Conrad escribe un libro de aventuras africanas, pero en él están encerrados todos los misterios del alma, algo en lo que solo parecían creer los rusos, pero que aquí se convierte en tangible, en algo palpable. Hacerlo en esta edición de Libros del zorro rojo tiene además el añadido de las ilustraciones de Enrique Breccia. En ellas se encuentra el mismo temblor, el mismo enigma. Hay libros que creemos haber leído mil veces sin haberlos leído nunca. Ejercicios pendientes, encuentros una y otra vez demorados. Hasta llegar a ellos, hemos recorrido nuestros propios ríos. Y como ese marinero que habla y habla mientras el barco permanece entre la niebla londinense, sabemos que hemos esperado y vagado por ahí para que, finalmente, llegue un día en el que poder leer sus palabras. He llegado.

[...]

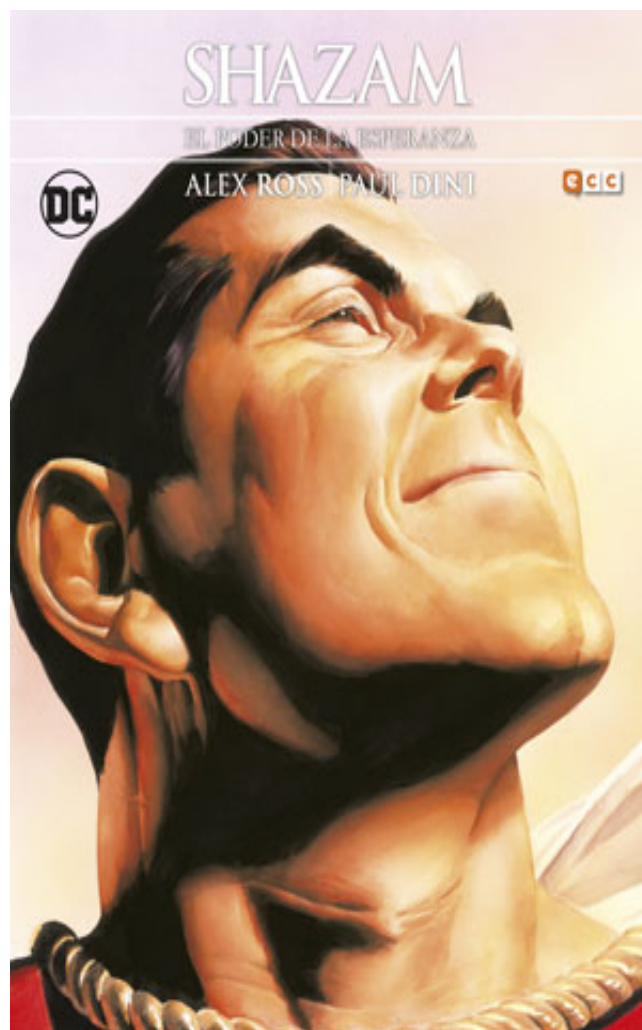
Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

Shazam. El poder de la esperanza, de Paul Dini y Alex Ross (ECC Cómics) Traducción de Bárbara Azagra Rueda | por Óscar Brox



Probablemente, una de las mayores contribuciones creativas de la carrera de Paul Dini se encuentre en su revisión, junto a Bruce W. Timm, de la figura de Batman. De aquel Batman cuya eclosión aunaba el espíritu de las películas forjadas por Tim Burton con la estilización y los ambientes de los Detective Comics. Un Batman cuya encarnación animada fue, a buen seguro, la última gran representación del personaje creado por Bob Kane. Y decimos probablemente porque la de Dini es una de esas carreras con tantas luces (una vez más, el universo Batman y la creación de un personaje como Harley Quinn; Superman y su *Paz en la tierra*) que resulta difícil entresacar una del conjunto. De ahí, pues, que la recuperación de ECC Cómics de *El poder de la esperanza*, que volvió a juntar a Dini con los dibujos de

Alex Ross, suponga una extraordinaria noticia.

Con *Shazam*, Ross y Dini concentraron su interés por explorar a los grandes superhéroes del universo DC a través de una mirada, digámoslo así, humanista. En una línea parecida a la que Jeph Loeb y Tim Sale aplicaron sobre Superman en *Las cuatro estaciones*, ahondando en ese paisaje emocional en el que Clark Kent fraguaba sus primeros pasos como superhéroe. Pura bonhomía traducida a los entornos rurales de Smallville. Con el Capitán Marvel, Dini y Ross sintetizan las claves del personaje desde su mitología para, a lo largo de la obra, acercarlo a ese entorno humano en el que convive Billy Batson, su *alter ego*, y en el que Shazam representa una fuerza de esperanza. De hecho, guionista y dibujante se aplican a la hora de desmenuzar cómo se refleja el poder de su protagonista sobre los demás; sobre una población que, en este cómic, pasa a un primer plano para ayudar a calibrar los sentimientos del Capitán/Billy Batson.

Es por ello que cobra tanta relevancia el dibujo hiperrealista de Alex Ross, la precisión con la que retrata el espectro emocional de su personaje y lo aísla en viñetas estáticas que son, en sí mismas, narraciones en un cuadro. El orgullo, la bonhomía, la aceptación que describen el viaje de Shazam y sus aventuras, pero sobre todo el contacto con los niños de un hospital que, en cierto modo, expresan la definición de esa esperanza encapsulada en la figura del superhéroe. En su descomunal anatomía, acentuada por el dibujo de Ross, que pone de relieve la escala diferente en la que se encuentran uno y otros, pero que sin embargo el calado emocional de ambos puede acercar hasta agruparlos en un mismo paisaje. Quizá porque, frente a otros héroes marcados por su destino solitario, el de Shazam resulta más bien global. Como encarnación de la esperanza que cada cual pone a resguardo, en el mejor sitio posible, para recordarse que no todo está perdido.

Si Dini toma el argumento del álbum para reflexionar sobre el papel del superhéroe en una sociedad contemporánea como la nuestra, Ross emplea su dibujo para ensayar su anatomía, sus hechuras de mito (y, no en vano, las de Shazam lo son) y su pervivencia dentro de un mundo que no deja de cambiar. De progresar y evolucionar en diferentes direcciones. De ahí, pues, que *El poder de la esperanza* comparte ese aroma *retro*, vagamente tradicional, con una fundamentada disección del carácter del héroe y su lugar en la sociedad. De ahí, pues, que los dibujos de Ross sepan cómo reflejar al mismo tiempo la vulnerabilidad de las emociones humanas con la inmortalidad de las figuras superheroicas. La dualidad, en definitiva, que expresa la narración de Billy mientras glosa las numerosas aventuras del Capitán Marvel.

Shazam. El poder de la esperanza es como esas portadas inolvidables de Chip Kidd, una historia en la que Paul Dini y Alex Ross ponen sus virtudes al servicio de un personaje convertido en mito. Que no necesita explicación, sino un acercamiento

humano; comprensión, que no admiración. Un personaje descrito en su bonhomía, en sus apariciones prácticamente divinas, en la fragilidad con la que interviene en los asuntos humanos. El héroe reducido a las emociones. Los sentimientos de un adolescente puestos al servicio de un Dios. De ahí que las escasas 70 páginas que comprenden este volumen supongan una auténtica delicia y, al mismo tiempo, un extraordinario estudio de lo que significa ser un superhéroe. Todo ello, encapsulado en esa luz con la que Ross ilumina el rostro de su criatura. En esas facciones talladas de manera hiperrealista, trabajadas con modelos al natural. Con la intención de colocar a Shazam al lado de los humanos, como otro elemento más que nos ayuda a entender en qué tiempo vivimos, pero también qué tiempo construimos entre todos.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

Puertadeluz, de Luis Bustos (Astiberri) | por Juan Jiménez García



El futuro, como muy bien nos enseñó la ciencia ficción europea (en especial Andrei Tarkovski) es igual que el presente pero sin apenas nadie. Lo verdaderamente terrible de los años que vendrán es que estaremos solos. En los mismos lugares, pero solos. Últimos habitantes de unos mundos agotados, como tierras mil veces sembradas y recogidas. Entre todo, tal vez el paisaje español posterior al boom y, más tarde, a la crisis, es un lugar perfecto para nuestras peores pesadillas a años vista. Luis Bustos debió entenderlo también así, y Puertadeluz se instala ese presente deshumanizado que es el futuro para contarnos una historia negra por una multiplicidad de razones: género, tinta, historia.

Un día los padres de Alicia se trasladan a una urbanización digna de nuestra burbuja inmobiliaria. Está lejos de todo, en ninguna parte, y tiene su correspondiente centro comercial, ese lugar de ocio al que aspira nuestra clase media, ahora tirando a baja, que se creyó alta. Unos años después solo quedan carteles de "en venta", un mundo destruido y unos vecinos que malviven, pensando aún así que peor se estaría en otro lado. Los brillantes edificios, todos iguales, todos geométricamente bien dispuestos, son ahora estructuras fantasmas. Y, entre todas esas estructuras fantasmas, destaca ese centro comercial abandonado.

Nada parece ya funcionar. La madre se marchó y Alicia tiene ahora un hermano y un par más de críos que son sus amigos, y un montón de tiempo libre para aburrirse. El mundo que ha quedado es un peligro constante, con bandas nómadas de oscuras intenciones, y la única aspiración que puede uno puede tener es vegetar de cualquier manera. Pero esa no es la aspiración de una adolescente ni de unos críos, siempre necesitados de aventuras. Y el centro comercial es su lugar. Un fortuito y aparatoso descubrimiento precipitará las cosas y los llevará a un punto de no retorno.

Con un tono entre la novela negra y la novela social (tantas veces coincidentes), Luis Bustos traza una historia de un mundo posible, a través de unos paisajes reconocibles. Si ha tenido que desplazarla unos pocos años hacia adelante no es precisamente por falta de escenarios posibles. Ese mundo en ruinas, pero no antiguo, ese mundo construido, hecho de ladrillos y aire, se convierte el mismo en un protagonista más de la historia. El dibujo de Bustos nos entrega esos inmensos espacios de la nada para que los habiten, compulsivamente, seres sin esperanza, y solo los niños y los jóvenes son capaces de pensar que hay algo más. Como en aquellas películas de Zatoichi en las que el espadachín ciego abandonaba pueblos tras los que tan solo había quedado muerte y desolación, solo quedan las carreteras desiertas hacia ningún lado.

No, no hay mucha esperanza en Puertadeluz. Solo oscuridad y fantasmas. Las utopías capitalistas del presente, las especulaciones de nuestros días, son las pesadillas del futuro. Luis Bustos traza un contundente retrato de todo ello, que no por desolador deja de ser menos justo. Y además vuelve a instalar el género en el lugar que le corresponde, como revelador de mecanismos y retrato implacable.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

La Cárcel de Papel. Diario de un lector de tebeos (2002-2016), de Álvaro Pons (Confluencias) | por Juan Jiménez García

ÁLVARO PONS

La Cárcel de Papel

Diario de un lector de tebeos
(2002 - 2016)

Prólogo de
LUIS ALBERTO DE CUENCA



Unos apuntes totalmente personales a partir de *La Cárcel de Papel*. Hay que decir que el periodo que abarca este libro (2002-2016), que es también el de aquella página homónima, coincide en buena medida con mi propio recorrido personal, ligado al cine asiático, en mi caso. Cambian algo las formas (el blog por un foro), pero no cambian de ningún modo los tiempos y las experiencias y, también, el aire de un tiempo que se perdió en algún momento, entre fotografías siempre iguales y pensamientos nunca superiores a los ciento y poco caracteres. Un tránsito que responde a unas razones muy profundas y que, al leer *La Cárcel de Papel*, se vuelven a hacer evidentes (aunque no nos cabe la más mínima duda a aquellos que lo hemos vivido). Las razones profundas son que en algún momento en internet se tuvo la voluntad de intercambiar (no solo archivos, sino pensamientos, experiencias, cosas que nos habían emocionado), de encontrarse con los demás, mientras que ahora nos conformamos con sumarlos a un número de seguidores (irónicamente llamados amigos) y con decir algo ingenioso, de tanto en tanto, sin la más mínima esperanza de llegar a nadie. Álvaro Pons dice que *La Cárcel de Papel*, su blog, solo tuvo la fortuna de llegar el primero. Tal vez. Pero lo cierto es que más allá de eso tuvo la misma voluntad de otros tantos: transmitir aquello que le apasionaba a los demás. Con argumentos, con palabras, con aquellos textos interminables que

escribíamos pero que nos resultaban (misterios) más sencillos, más fáciles, más evidentes, que esa línea o medio párrafo que se nos pide ahora. No, no es que ahora todos tengan menos tiempo para leer. Desgraciadamente es que nos hemos instalado en la nada, el chismorreo o, peor, la indiferencia. Dicho lo cual...

Leer *La Cárcel de Papel* es, por encima de todo, leer la historia social del cómic en nuestro país en los últimos quince años. Tal vez no tantos, porque aunque abarca todo estos años, lo cierto es que el último lustro no está igualmente representado (ese momento en el que la vida *real* se impone). Pero, en todo caso, las discusiones, en este arte como en los otros, son eternas: género contra autor, superhéroes a la deriva o no, grapas, tomos, formatos, editoriales, derechos, autores intocables o perfectamente manoseables y así hasta cualquier cosa, precisamente porque antes a todo el mundo le daba por discutir. Y como no valía con un me gusta o con poner redondeadas caritas de enfado, las discusiones eran kilométricas, siempre con la confianza de que, en una de esas, lograbas convencer al otro (u otros). En aquellos tiempos, hasta los trolls daban sus razones. Seamos sinceros. Dentro de quince años nadie podrá recopilar un libro como este. O será un libro bien pequeño. Pero no, no es justo. Hay todavía gente que sigue pensando que es posible escribir y hasta convencer. Solo desde la vejez y el cansancio del corredor de fondo, se ve todo un poco más oscuro. Otro día hablaremos de los lectores.

No estamos ante un libro de reseñas de cómics, aunque las haya. Pons ha preferido centrarse especialmente en esa historia social, que, como siempre, es una historia personal. Sus razones son las razones de otros tantos, y, tal vez, lo primero que nos enseñó internet a aquellos que habitábamos en aldeas galas, temerosos de que el cine se viniera sobre nuestras cabezas, es que no estábamos solos. Que tal vez no éramos miles, pero sí los suficientes para sobrevivir con nuestras certezas y dudas. El cómic pasó de ser una diversión para niños a convertirse en un arte, el noveno, que buscaba su propio camino. Y todo eso está reflejado aquí, porque, en lo que respecta a nuestro país, fueron estos los años en los que cambió todo a mejor, hasta llegar a este momento, seguramente difícil de imaginar allá por el principio de este siglo. Y no me cabe la menor duda de que buena parte de esa evolución se debió a que existían sitios como *La Cárcel de Papel*, capaces a recoger en sí mismos las necesidades de unos lectores desde la individualidad de uno de ellos.

El libro ha conservado las formas del blog. No hay reescritura y esto, que algunos les puede chocar, forma parte también de su encanto, al preservar otros modos, más directos, más personales, de encontrarse con los demás. Dividido en varias partes, que abarcan desde el día a día de un lector de cómics hasta la reseña de aquellos que considera imprescindibles, tiene el rigor de uno de los mayores expertos de cómics de este país y la intimidad de quién escribe un diario, por muy público que

este sea. Y, con ello, la sensación, página a página, de compartir una histórica común, con sus acuerdos y desacuerdos, pero viva.

[...]

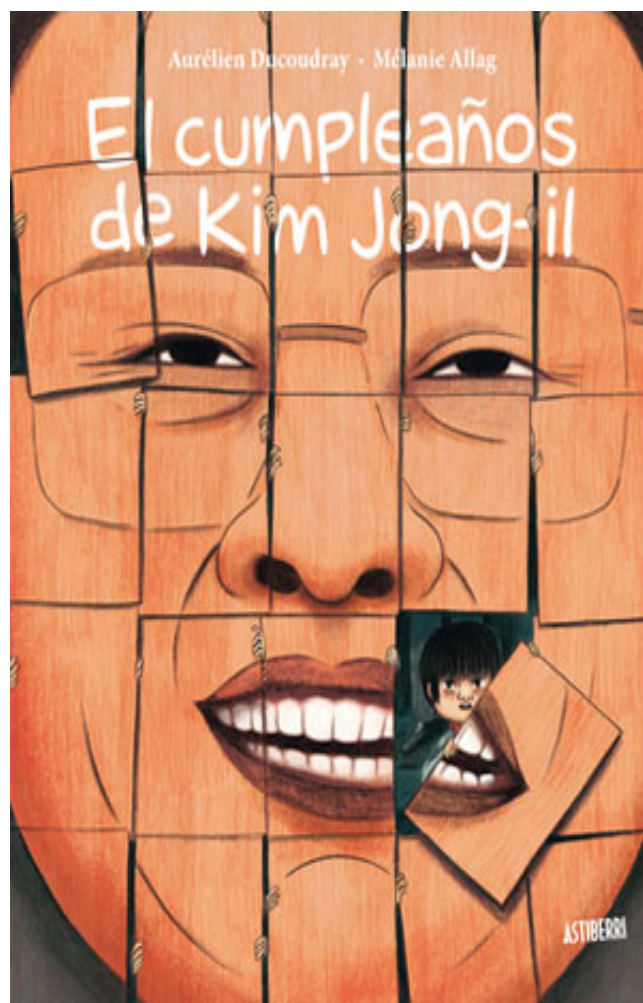
Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

El cumpleaños de Kim Jong-il, de Aurélien Ducoudray, Mélanie Allag (Astiberri) Traducción de María Serna | por Juan Jiménez García



Nos hemos acostumbrado a entender el mundo solo desde nuestra posición privilegiada en la que casi nunca ocurre nada y solo, de cuando en cuando, nos llegan las amenazas de los otros. Corea del Norte es un peligro desde el momento que sea capaz de lanzar un bomba nuclear sobre los demás, pero poco nos interesa saber qué ocurre allá dentro, en ese lugar cerrado y olvidado, otro paraíso artificial más, lleno de objetos sin vida. No nos faltan testimonios, pero nos sobra la voluntad de mirar para otro lado. Guy Delisle ya se había acercado en su revelador *Pyongyang* a la vida cotidiana, al absurdo de cada día, de este país, poco más que el escenario de una película del oeste, en el que tras las fachadas de cartón piedra no hay nada. O peor, vidas humanas. Ahora Astiberri, precisamente, nos acerca de nuevo a través del cómic esa Corea del Norte poblada de fantasmas. Y lo hace a través de la única mirada que se presume inocente: la de un niño.

El cumpleaños de Kim Jong-il es el relato de Jun Sang, de ocho años. Desde la devoción inevitable hasta la decepción, igual de inevitable. No se trata de una cuestión ideológica. Jefe de las juventudes patrióticas de su barrio, su historia podría ser igual a la de cualquier niño en un régimen dictatorial, todos amantes de los estandartes, los retratos, las fronteras (con sus monstruos exteriores), el pensamiento único, las frases hechas de verdades pronunciadas a gritos que no esconden más que calladas mentiras. Todos han tenido su formación específica para niños, para destrozarnos la infancia y dejarles sin ninguna vida de escape, cuando llegue la edad adulta. Jun Song solo conoce una realidad incuestionable y está dispuesto a imponérsela a los demás, como los demás se la han impuesto a él. No hay ninguna contradicción desde el momento que no conoce otras alternativas.

Sí, hay sombras en su presente. Unos abuelos de los que no puede ni decir el nombre y debe dar por muertos y el descubrimiento, un día, de una terrible verdad. Además, sobre Corea del Norte y siempre por culpa de los demás, ya sean demonios, fantasmas o muertos vivientes, se abate un terrible hambruna. Y ya sabemos que el hambre tiene muy mal reparo si solo se cuenta con la publicidad y con decir lo sano que es comer dos veces en vez de tres cuando no puedes comer ni una. El mundo de Jun Sang se vendrá abajo y con él su infancia.

Inspirado en testimonios reales, Aurélien Ducoudray escribe el guión de una obra que juega entre el testimonio documental y un retrato de niños que juegan, demasiado pronto, a ser como sus mayores (hombres grises eternamente asustados y paranoícos). Una vida bajo el culto a la personalidad y el aniquilamiento de la propia. Lo primero es factible para un crío, tan necesitado de superhéroes, pero lo segundo se convierte en algo imposible, solo al alcance de una edad adulta tan dispuesta a la renuncia, siempre y en cualquier lugar del mundo. Primer álbum de la dibujante Mélanie Allag, sus imágenes se pasean entre el culto a un mundo que no existe, la realidad que está por todas partes, mal escondida bajo alfombras

inexistentes, y la ausencia de color de la destrucción del hombre y su muerte. El conjunto es una obra terrible (porque terrible es vivir en un mundo así), de niño que desnuda una vez más a todos esos emperadores que no rodean. Y a uno le gustaría creer que es a través de estas obras y no de portaaviones y submarinos nucleares, que todo podría ser diferente, que todas las pesadillas podrían acabar. Pero no. Siguen las mismas palabras, las mismas amenazas, y la muerte por todos lados.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

Venecia, de Jiro Taniguchi (Pontent Mon) Traducción de Carolina Smith de la Fuente
| *por Óscar Brox*



Hay en la obra de Jiro Taniguchi un dulce sentido de la melancolía, cada vez que la memoria del pasado envuelve a sus protagonistas; cuando, repentinamente, encuentran la necesidad de escarbar en sus vínculos familiares en busca de aquellos lazos perdidos, frutos de otros tiempos, que de alguna manera también han forjado el carácter de estos. Tal vez por ello, *El almanaque de mi padre* sea una de sus obras mayores, por lo que tiene no solo de reconstrucción de la memoria familiar, sino también de un fragmento de la Historia de Japón. *Venecia*, que publica Ponent Mon, es un cuaderno de viajes, prácticamente una sucesión de postales, dibujos y acuarelas, en los que Taniguchi recurre al pasado para localizar las huellas familiares en esa ciudad italiana que visita por primera vez. Esa es la que el abuelo pintor se labró parte de su reputación, en la que nació su madre y quedó sembrada una pequeña raíz familiar. Tan minúscula y sensible como son, por otro lado, sus historias.

En *Venecia*, pues, las líneas de diálogo apenas abarcan una mínima orientación entre paisajes, casi a modo de intuiciones que su autor desliza a medida que se empapa de la idiosincrasia cultural de ese otro país. Y, sin embargo, uno tiene la sensación de que Taniguchi nos acerca Venecia con la calidez sensorial de aquello que, en primera instancia, grabamos a través de nuestros sentidos. De ahí ese dibujo a doble página de las olas espejeantes del canal veneciano, quién sabe si navegado a lomos de una góndola o de un vaporetto. Un mar de una textura especial, como aquel otro de plástico que Fellini imaginó en su *Casanova*, en el que Taniguchi refleja sus apreciaciones personales. La sensibilidad con la que ha atrapado esa pizca de un paisaje que desearía ver con los ojos de su familia. De hecho, resulta significativo cómo los primeros compases del cuaderno nos colocan ante ese inmenso azul, de trazo sereno y tonos cálidos, que encierra a la ciudad. En el que, si se aguza el oído, se puede escuchar el canto de las gaviotas y el sonido del campanario desde cuya ventana enrejada se accede a una vista panorámica de Venecia. Con qué sencillez, de forma económica, Taniguchi nos sitúa ante ese sentimiento de extrañeza, pura mirada extranjera, cada vez que tratamos de asentarnos, de no dejarnos gobernar, en un territorio desconocido.

Taniguchi combina los dibujos con los bocetos, las imágenes que retrotraen al recuerdo materno con la presencia física de esa ciudad que recorre a través de sus lonjas de pescado, de sus plazas e iglesias. Quizá para comprender cómo un extranjero podía echar raíces en ese lugar; quizá para identificar en cada espacio un pedacito de su madre. Un gesto, una mirada, un sonido, unas palabras... lo que sea con tal de plasmar ese arraigo que le lleva a poner rumbo a Venecia. Y es que el propio autor reflexiona sobre la permanencia de los recuerdos cuando intenta localizar algún testimonio que le ayude a recordar a su abuelo, tanto tiempo después; a recordar que en algún momento de su vida eligió Venecia como taller artístico. Por eso resulta tan difícil separar el dibujo de Taniguchi del ejercicio de su memoria, pues a pesar del rigor con el que representa cada palmo

de la arquitectura veneciana, cuesta no reconocer en sus dibujos, en el preciso uso del color y la combinación de viñetas y páginas dobles, esa sensación de querer trasladar la inmensa calidez de la memoria familiar al papel. Sin palabras, con el deseo de que cada plano, cada boceto, cada viñeta las contenga, como si se tratase de una explicación superflua que cualquiera puede captar tan solo viendo el momento elegido. Ese instante único. No en vano, de eso trata *Venecia*. En ello reside el arte de Taniguchi: en su capacidad para retratar instantes únicos, moldeados al calor de la memoria. Hermosos, efímeros, tan frágiles que tal vez dejen de existir, dejemos de mirarlos con los mismos ojos, al pasar a la siguiente página.

Tal vez el arte de narrar en imágenes se crease para encapsular aquellos fragmentos de una memoria, individual o familiar, a salvo del fuego del tiempo. De manera que cada vez que uno volviese a mirar cada dibujo encontrase, como por arte de magia, ese momento perdido. Olvidado. Quizá extraviado. El paseo de Taniguchi por la geografía veneciana, a salvo del siroco que atormentaba a los personajes de Thomas Mann, es la delicada reconstrucción de lo que pudo ser aquella otra vida materna secreta. Lo que fue, y ya no es. Y nunca esa búsqueda de los antepasados familiares contó con una ilustración tan bella. Con ese dibujo que, tras su muerte, nos recuerda que Taniguchi fue, en muchos aspectos, un artista de la memoria; también de la soledad. Cada vez que los vínculos familiares despiertan un dulce sentimiento de melancolía en el corazón. Cada vez, en fin, que el lápiz, el color y la viñeta se convierten en el billete para viajar al pasado en busca de sentido.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:
